



Las rosas, un

Fragmentos de las pinturas que Goya dejó en las paredes de la iglesia de la Carroja de Aula Dei, cuyos temas hacen referencia a las vidas de la Virgen y de Jesús. De las once, cuatro se las llevó el abandono y la humedad en los años que el convento estuvo vacío. A la vuelta, en 1901, los cartujos franceses lograron que se mantuvieran en su sitio, pese todos las opiniones en contra y al lamentable estado de un edificio en ruinas y unas pinturas murales, muy deterioradas, como ya hemos indicado. En la imagen superior, a la derecha el que se considera autorretrato de Goya, dentro del conjunto mural de Aula Dei. A la derecha de estas líneas, entrada de la iglesia en el interior del recinto.

[Fotos: Barboza-Grasa]





La tapia y don Francisco

Luis J. García Bandrés

Ahora sería necesaria la presencia de Fray Félix Salcedo. El. Aquí. Ahora. El, que desde la Cartuja de Aula Dei le escribió a Goya en el 81, marzo de 1781, para templar los ánimos encrespados entre el pintor y la Junta de Fábrica del Pilar. Humillación. Sumisión. Obediencia. Todo eso le aconsejaba. La Regina Martyrum andaba por medio. Aquellas matronas de carnes despejadas y rostros sonrosados eran el motivo. Aquellas virtudes convertidas por la magia y el estilo abocetado de don Francisco en mujeres de carne y hueso ¡Cosas de los pintores que desvirtúan todo!

Pues bien. Ya han bajado de la cúpula. Ya han resucitado en carnes y ánimo para defenderle. Sr. Goya y Lucientes. Las pías consejas de Fray Félix no debieron gustarle mucho a usted. No. ¿Someterse? ¿Obedecer? Eso de humillarse no iba con usted. ¡Tanta humillación! ¡Tanta humillación! De la humillación, a la rebeldía. Y se rebelan por usted. Le sacan la cara ante los sucesores de Fray Félix, como una respuesta tardía, muy tardía a la larga carta de entonces, que aunque era una misiva de paz y de concordia, tiraba más para el Cabildo. ¡Vaya, así lo entendió usted! Así lo entiendo yo.

Su firma, en una pancarta. Su nombre, en un grito ante la tapia de un convento. Yo no sé si los arrebolados ángeles de la iglesia de la Cartuja habrán llevado las protestas hasta la tierra que guarda su cabeza perdida. Se lo habrán susurrado al oído: "las mujeres de Zaragoza se movilizan; quieren que se abran las puertas de la Cartuja porque dicen que si no ven los cuadros que usted pintó allí dentro de la iglesia: que eso es patrimonio de todos; que ellas también tienen alma, que hace tiempo que fue reconocida esa cualidad". Cuando menos usted, recibido el mensaje, habrá pensado en Agustina de Aragón ¿O no? Pero en este caso no hay nada contra los franceses ¡Que no! Que se lo digo yo. Escuche: Si le han contado

otros chismes, usted cuando menos ha de saber que gracias a dos franceses, cartujos por más señas, no terminaron por el suelo la iglesia y sus pinturas. Año 1901. Fue tras la Desamortización. Cuando volvieron los monjes. Cuesta. Es duro imaginárselo. Ya lo sé. Pero es así, don Francisco. Las mujeres le defendieron lo mismo que el francés. Es que los tiempos cambian. Por mucha conseja y mucho Capricho, usted andaba en eso. Una moneda. ¡Ya casi no hay fronteras! ¡Casi! ¿Cómo permitir que de puertas adentro se mantengan normas de hace 1000 años, cuando fuera todo es otro mundo?

¿Cómo era la entrada de la Cartuja hace 223 años? Aún hoy, don Francisco, es uno de los perfiles más hermosos que conozco de esta ciudad y de sus cinco leguas de contorno. Recuerdo a Fray Ambrosio, un vasco pálido, alto, de pelo ralo y cano, metido a jardinero. Cuidaba las rosas de las rosaledas del convento. Las plantaba. Podaba los arbustos. Recogía la flor. La dejaba secar. pétalo a pétalo. Era difícil y duro hablar con él. Era difícil y duro romper su silencio. Hacía falta al menos media hora para coger el ritmo de su conversación, de su verbo parco, de su lógica simple y apilastante. Apañaba unas cuantas rosas, de esas grandes y olorosas que cabecean nada más cruzar el Ebro camino de Torrero. Me enseñó cial era la de Francia: Una rosa rosa menuda y con más hojas que una cebolla. Yo las había visto en los bodegones de Meléndez o en las manos de las infantas de Velázquez, o en el pecho de la marquesa Viuda de Villafranca, la que pintó usted; la que le mira con cara de sorna; la que era madre del entonces duque de Alba. Para mí, que ésta mujer sabía algo de la extraña relación de usted con la nuera.

Pero estábamos hablando de las rosas de Francia, que no tienen espinas. Hasta entonces yo pensaba que eran una invención. Ya sabe, esas cosas que desvirtúan los pintores. Pero no, aquellas rosas

rosas y menudas, eran de verdad. Allí estaban en las manos de Fray Ambrosio. Pero también sobaban. Molestaban. "Tendremos que arrancarlas todas. En Europa piden muchas medidas sanitarias para la exportación. Cada día hay más exigencias y se venden menos rosarios". No recuerdo desde entonces ya no he vuelto si al final la EU pudo con los rosales de una de las cuatro Cartujas que tuvo Zaragoza. Aquellos rosales que plantaron "y muchos!" cuando se casó Fabiola con Balduino y hubo bastante demanda". Si vive, Fray Ambrosio puede que no comprenda tampoco este jaleo de ahora. Era muy claro. Muy lógico. Eso del arte por el arte... Aquellos escarceos políticos de la nueva democracia... Año 1978. Y no es que fuera inculco, ni dictador, ni insolidario. Era que no entendía, ni recordaba a la especie animal que dejó en la puerta cuando entró en la Cartuja.

Rosas. Gabachos y mujeres en defensa de Goya. Humildad. Humillación. Rebeldía. Los cartujos, Fray Félix y hasta Fray Manuel, el Bayeu malo, debían haber supuesto que meterle a usted en la Cartuja podía ser un peligro. Aunque ahora le griten y proclamen, su relación con el otro sexo no fue muy estable que digamos. Era un instrumento. Algo útil de lo que usted se sirvió. Desde la Pepa hasta la Leocadia, pasando por la de Alba. Instrumento de poder. Para ser más poderoso o menos débil. La hermana de Bayeu. La gran señora. La matrona de Francia. No una mujer, no, tres. "La de Alba, que ayer se me metió en el estudio a que le pintase la cara, y se salió con ella; por cierto que me gusta más que pintar en lienzo..." me cuenta usted a mí en el Diplomático. Y todo anda revuelto. Lo de su vida es pura leyenda. Esto es puro jaleo: La carta de Fray Félix, que a usted le debió de sentir como un tiro; la especial relación con las mujeres... Todo se ha juntado como no podía ser menos en este su 250 aniversario. ¿Quién nos habrá mandado decir nada? ¿De quién fue la idea?